Te siento, luego existes

Lfabic

Capítulo 1

PROLOGO

Esa mañana se despertó como cualquier otra mañana, atravesada por el rayo de sol que se burlaba de la persiana y entraba por una rendija directo a sus ojos entrecerrados.

Giro con una media sonrisa que parecía decir "dale, no seas así, déjame dormir un rato más" y metió la cabeza bajo la sabana como queriendo esconderse del día que quería atraparla en su conocida rutina.

El sueño ya se había escapado, sabía que sería inútil intentar volver a esconderse tras ese manto que le permitía desconectarse sin sentirse culpable. Pero había otra alternativa, aún podía entrar en ese espacio absolutamente privado, oculto y libre en el cual podía inventar todas las realidades alternas que quisiera, cambiándoles los diálogos y finales según sus deseos, necesidades o estados de ánimo.

¿Desde cuándo lo hacía? No lo recordaba. ¿Cuándo había comenzado a regalarse esa dimensión paralela tan parecida a los sueños en la cual ella, y no su Inconsciente, tiene el poder de decidir qué pasa, cuando, como y con quién? Desde que tenía memoria de su propia historia, se recordaba cerrando los ojos y dejándose arrastrar por su imaginación hacia la vivencia que necesitara recrear o inventar. Esa vivencia que solo obedecía a sus deseos y guiones y que le permitía soñar con que alguna vez, sería igual a la historia real.

Y una vez más, como muchas veces en los últimos tiempos, lo trajo de regreso a su memoria.

Cada vez le costaba más, el tiempo ya le había borrado las facciones y solo lograba recordar el color de su pelo, de sus ojos, la languidez de sus dedos y de su cuerpo. Tampoco recordaba su voz ni su forma de decir, pero eso no era lo importante. Lo importante era que a pesar del paso del tiempo seguía estando presente. Y no solo porque ella lo trajese como ahora, casi arrastrándolo entre su deseo de seguir durmiendo y su responsabilidad de levantarse a preparar los desayunos.

También venia sin que nadie lo llamase, de repente y sin motivos, se paseaba con desparpajo por la memoria de sus sentidos y se iba, dejándola llena de asombros y confusión.

Lo pensó caminando por una vereda cualquiera, seguramente cercana al Botánico, después de todo, era donde él se sentiría más cómodo. Lo

imagino con su pantalón de gabardina beige, la camisa clara y un Bremer sobre los hombros. El mechón rubio que no se decidía a caer sobre la frente y los ojos celestes que siempre buscaban esconder lo que sentía. Se imaginó caminando sola, con aire indolente y mirando hacia la nada, con su cabello suelto, sus nervios disimulados, su ansiedad inocultable. Imagino el encuentro no casual, como se saludarían, que diría y que respondería, como se mirarían, como intentaría simular la sorpresa y dismular la alegría. Se dejó llevar por la agradable sensación de felicidad que le regalaba ese corto rato de entregarse a los brazos de la sinrazón y luego se levantó.

Miró con atención la percha de las polleras, tratando de decidir cómo se vestiría. La roja, no. Es de salir. Las marrones podrían ser, pero al final siempre se ponía lo mismo. ¿Y la negra?... No, con el humor que tenía hoy, iba a sentir que estaba de luto. Pantalones tampoco, por más práctico que fuese, nunca le habían resultado cómodos. Al final, sacó una de las marrones, buscó la polera negra de Bremer, y se vistió.

Fue hasta la cocina y colocó la pava al fuego; miró el reloj sabiendo de antemano que no tenía mucho margen de tiempo como para desayunar tranquila.

Entró al baño con la taza de café en la mano. Se miró al espejo por reflejo, en verdad no esperaba ver nada diferente a lo que había visto la noche anterior cuando se miró por última vez. Se lavó los dientes, se peinó y buscó en el armario un delineador para los ojos. Después de todo, no había que andar mostrándose desarreglada.

Salió del baño sin haber probado aún el café y caminó hasta la puerta mientras lo tomaba.

Fue hasta el kiosco, compró cigarrillos y una cajita de pastillas. Un día de éstos, tendría que poner en práctica el consejo de su médico, su odontóloga y amigos y dejar de fumar. Pero solo un día de éstos.

Volvió a su casa y miró en su derredor. ¿Por dónde empezar primero? El canasto de ropa sucia desbordaba sin ningún tipo de inhibiciones, la cama de su cuarto aún no estaba hecha, los platos de la cena se agolpaban junto a la taza del desayuno en la pileta de la cocina.

Y fue justo en ese exacto momento y sin que ella lo trajese cerrando los ojos, que una vez más surgió de entre las telarañas de la memoria y las emociones archivadas.

¿Por qué en los últimos días lo pensaba tanto? ¿Por qué en los últimos tiempos era como una presencia continua, como un rumor instalado en su cabeza y al cual no podía acallar? ¿Por qué, después de tantos años, había vuelto a llamarla hacía ya casi un año? ¿Por qué cuando a los pocos

meses le devolvió ese llamado, la destrató tanto?

¿Por qué nada de todo eso le importaba y lo seguía pensando, sintiendo, recordando, esperando, buscando en sus fantasías?

¿Y si se animaba? ¿Y si en lugar de estar inventándose historias, encuentros, conversaciones y abrazos contenedores, se arriesgaba al desencanto de no escuchar alegría en su voz cuando le dijese "hola, como estas"?

No lo pensó. Fue un impulso. Fue un arranque. Fue irracional. Fue más fuerte que su propia decisión y voluntad. Sin pensar, sin entender por qué, sin tampoco preguntarse el para qué, busco la vieja agenda que tenía atesorada entre los libros de la biblioteca y con el corazón galopándole en el pecho, disco los 8 números que la separaban de su voz.

-Hola, buenas tardes, esta Dario?

- ¿Quién habla?

-Una vieja amiga.

- ¿Tu nombre?

-Fernanda

-Ay Fernanda! Tantas veces esperé que llamaras y poder hablar con vos!

- ¿Quién habla?

-La mamá de Dario. El murió hace unos meses. Hablaba tanto de vos!

No estaba soñando. No, tampoco estaba jugando a inventarse sus historias con finales acomodados a sus deseos. No. No era un sueño. Realmente el piso había desaparecido debajo de sus pies.

Nunca pudo recordar que dijo o que le dijeron después. El mundo había implosionado hacia dentro de su pecho. ¿Cuál era esa ficción que nunca había imaginado? ¿Por qué no lo supo antes?

Abrio la ventana y dejo entrar el viento frio para intentar controlar el ahogo que no permitía que en su pecho entrase el aire. La sensación más genuina de muerte, de silencio, de oscuridad, de hoyo hondo y sin fin, de soledad eterna y negra. La certeza más legítima de la nada, ni siquiera aire. La nada misma.

Y saber que ya sabe, que ya no tiene que preguntarse por qué lo pensaba tanto. Y que es ese mismo por qué, el que le da la certeza de saber que tampoco nunca volverá a ser.

Y saber que de alguna manera tiene que poder encontrarlo y contarle lo que nunca le contó, porque de otra forma jamás desaparecerá el ahogo y la certeza de la nada misma que le ocupa todo el pecho.

Y sin saber, empezar a transitar el difícil camino de aprender a hacerse aliada del dolor, para que no duela tanto.

Capítulo 2

Se sentó sin darse cuenta que lo hacía. Las lágrimas caían por sus mejillas, pero ella solo percibía el quejido cerrado, aprisionado, asfixiante que surgía de su pecho.

Entro al baño y se miró al espejo. Lavó sus ojos con el agua más fría que pudo soportar, pero era inútil, la hinchazón comenzaba a notarse y mientras siguiera llorando iba a seguir mostrándose cada vez más.

Mecánicamente y en sucesión perfecta, se colocó el tapado, abrió la puerta, giró la llave para luego guardarla en su bolso y comenzó a caminar. Todo era una sumatoria imperfecta de sonidos, colores, tiempos y espacios que no entendía, que la confundían y la acorralaban.

No podía hablar, no podía explicar, no podía contar. Solo podía escuchar a su corazón gritando hacia adentro, sólo se escuchaba a si misma decir casi como una plegaria…

"¿A quién le cuento?. Necesito decirlo, gritar a los cuatro vientos mi vacío. Pero... ¿Quién es capaz de entender el silencio? ¿Quien puede comprender lo que significa perder lo que nunca se tuvo, qué se puede añorar el abrazo que nunca se sintió?

Necesito llorar porque sí, porque no estás, porque no sé si alguna vez estuviste, porque no sé si te tengo ni tampoco si te tuve. Porque la certeza de saber que no recuerdo tu rostro, que no tengo restos de tu olor sobre la piel, que no poseo ni tus palabras ni tus lágrimas y que nada de lo que fue tuyo me pertenece, es lo único que tengo.

¿Cómo contar lo que siento, si lo que siento es que no siento nada? Como explicar que estoy entumecida de frío, cuando en realidad, no recuerdo haberme sentido cobijada. ¿Cómo decir que quiero desandar mis pasos hasta encontrarte, cuando no sé ni donde estoy parada ni como llegue hasta aquí?

¿Cómo hablarte sabiendo que nunca escucharas mis palabras? ¿Como regresarte, aunque menos un instante, para decirte todo lo que se agolpa en mi garganta? ¿Cómo hacer para tenerte frente a mí y poder pegarte hasta que las manos me duelan, por no haberme permitido estar a tu lado?

¿Cómo hablarle a tu muerte, cuando no acepto que no estés vivo? No pienso en tu dolor, sino en el mío. Necesito desahogar mi angustia y no puedo. ¿Cómo hago para hablarte, para decirte, para gritarte, para

explicarte, si ya no estás?

La vida, el destino, lo perpetuo, lo que sea, tienen caminos y modos que no conocemos, pero transitamos. Por algo que desconozco, hacía meses y en los últimos días cada vez más, que sentía la necesidad de hablarte, de saber de vos, de contarte cosas que alguna vez quedaron en el tintero, de que perpetuemos con una sonrisa los recuerdos que forjamos juntos...

La vida nos reunió en un momento especial para ambos. Eramos jóvenes y algo confundidos, quizá por eso no nos dimos el tiempo para emprender algún camino juntos.

¿Pero qué fue lo que fue, que aun así supimos encontrar ese espacio sin tiempo ni límites, en el cual nos encontrarnos y apoyamos el uno en el otro? No puedo creer que después de tanto, una vez mas no hayas jugado limpio y elegido la carta equivocada, la de la soledad y el aislamiento.

¡Tengo tantos recuerdos superpuestos, que no sé a cuál saborear primero! El otro día, mientras pensaba en vos sin entender por qué, se me ocurrió pensar que ambos tuvimos la oportunidad de elegir entre lo que queríamos y lo que nos convenía.

Tal vez, vos elegiste lo que querías, aún a sabiendas de que no te convenía y tal vez también, de esa manera me regalaste la posibilidad de elegir lo que me convenía, para que luego descubriese que también era lo que quería.

Tengo mucha rabia, ganas de gritar y de llorar para que me escuches. Necesito recobrarte un instante, no te perdono que nuevamente me hayas dejado afuera, que no me hayas permitido escucharte, retarte, consolarte, quererte, contenerte, burlarme, analizarte, cuestionarte, sorprenderte, acompañarte, soportarte, estar con vos.

¡Hay tanto que no sé! No sé cuán importante fui para vos. No sé cuán hondo calé en tus entrañas de eterno solitario, no tengo certeza de no haber sido efímera. Y por eso no te perdono tu ausencia, tu silencio, tu partida sin despedida...

Pero hay algo que sí sé. Sé que, en algún recodo, en algún tiempo, de alguna forma o en algún silencio, volveré a encontrarte, a redescubrir que hubo algo previo, y a regalarme y regalarte un momento para volver a sentirnos vivos.

Necesito recobrarte y no conozco el camino. Necesito escuchar tu voz sin intermediarios. (Y entendelo, digo necesito. No es el quiero berrinchero

de un capricho pasajero, es ese necesitar en el que se va la vida)

¿Por qué no contaste conmigo, si sabías que yo estaba? ¿Por qué no me dejaste volver a mirarte a los ojos, sabiendo de antemano lo que ibas a decirme, pero prestándome al juego de escucharte para que aprendieses a hablar?

¿Por qué me dejaste afuera otra vez, sin permitirme elegir a mí? Yo sé. Sabías que mi elección, como muchas otras veces, hubiese sido opuesta a la tuya y que seguramente otra vez, hubiese tenido razón.

No sé cómo pensarte. No sé cómo recordarte. No sé cómo volver el tiempo atrás para poder volver a tomarte las manos. No sé qué hacer.

Tengo frío por dentro. ¿Dónde estás? Necesito hablarte. Necesito tocarte. Necesito saber que, a pesar de nuestros caminos paralelos, siempre hay un punto en el que nos encontramos. ¿Dónde estás?

Me dijeron que hasta último momento te acordaste de mí. Y tal vez sea lo que más me duele. No haberlo sabido antes de no poder remediarlo. Que no me lo hayas dicho a mí. Que no me hayas dejado compartir tu dolor, que no me hayas regalado la posibilidad de saber, que no me hayas permitido volver a prestarte mi hombro para descansar tu dolor. Sabías que yo estaría ahí, diciéndote que sabía que eras un tonto, pero que así te aceptaba y que así te quería.

Sé que no es momento para reproches, pero vos sabes que soy así: No te perdono tu arrogancia, tu estúpida actitud de castigarte por culpas ajenas.

Aprendí a querer tu inseguridad, tu resignación frente al sufrimiento, tu tímido intento por ser feliz, tu desesperación por no saber cómo salirte de tu propio dolor... Aprendí a querer todo aquello que te hacía elegir todo lo que irremediablemente nos separaba, pese al daño que me causaba.

Estoy desorientada. Una vez más, no sé qué hacer frente a tus actitudes. Pero esta vez fuiste demasiado lejos, no me dejaste absolutamente ninguna estrategia. Ni llamarte, ni buscarte, ni hacerme la ofendida, ni jugar el papel de víctima... Nada. Me negaste toda posibilidad de hacer.

Necesito creer que volveremos a encontrarnos. No sé cómo, dónde ni cuándo. Pero sí sé que ese día no voy a darte ventaja, me vas a escuchar. Y tal vez, después de haberte gritado toda mi bronca, mi rabia, mi angustia acumulada, mis ganas de abrazarte y no poder, tal vez, y solo tal vez, te permita hablar a vos.

Por una vez en la vida, me voy a elegir antes de elegirte, voy a pensar que yo soy más importante que vos, no voy a dejar que tu dolor crónico

me derrita, no voy a acunarte como a un bebé desvalido que con mi afecto se siente mejor.

No. No voy a tener piedad de vos. Vos no tuviste piedad de mí. Me dejaste con toda tu ausencia, con todo tu silencio, sin siquiera preguntarte por mi dolor, por mis dudas, por mis sentimientos.

Nuestros caminos alguna vez se cruzaron, y de una u otra forma, ni aún ahora, volvieron a separarse. Seguís formando parte de mi vida. Y seguirás siendo parte mía, porque lo que hoy soy, también es el resultado de lo que alguna vez fuimos. Sos una pieza de mi historia y sin saberlo también fui una pieza de la tuya, por eso es que estuvimos, estamos y estaremos siempre ligados, aún contra nosotros mismos.

Desde mi rabia, desde mi impotencia, desde mi dolor, desde mis interrogantes, desde mi no entender el por qué, desde cada uno de mis recuerdos, desde mi desazón, desde mis fantasías, desde todo, absolutamente todo lo que me forma, quiero decirte una y otra vez, hasta que me escuches, lo creas y finalmente te sirva: TE QUIERO."

Capítulo 3

Una vez más se despertó atravesada por el rayo de sol que se burlaba de la persiana, pero esta vez no tenía una media sonrisa ni metió la cabeza bajo la sabana para traerlo de regreso a su memoria.

No era necesario, estaba presente desde antes de que despertara, la había acompañado durante toda la noche y seguramente, la acompañaría en las muchas que hubiese de allí en más. Con la mirada fija en la nada, solo repasaba mentalmente, cuáles eran las preguntas para las que no tenía respuestas

"¿Existe acaso explicación a lo inexplicable? ¿Es posible, descifrar lo indescifrable?

¿Qué sonidos encierra el silencio, que trazo oculta una página en blanco?

¿Qué significa tu ausencia, cuando no recuerdo que hayas estado?

¿Qué palabras se utilizan, cuando no quiero decir nada?

¿Qué camino se transita, cuando no sé a dónde ir?

¿Qué respuestas se dan cuando no hay preguntas?

¿Qué preguntas se hacen cuando no existen las respuestas?

¿Dónde busco a quien ya no existe?

¿Cómo se llora cuando la angustia se oculta?

¿Qué misterios disimula la certeza? ¿Cuándo fue lo que nunca pasó?

¿Qué recuerdos ya no tengo, donde está el tiempo que no es hoy?

¿A dónde parten nuestras almas?

¿Quién responde lo que jamás se preguntó?

¿A quién le grito mi angustia, a quién le cuento mi dolor?

¿Por qué los caminos no se desandan? ¿Por qué los días no vuelven atrás?

¿Por qué tu ausencia es tan larga, si tu presencia fue fugaz?

¿Por qué los sentidos no sienten?

¿Por qué mi calor no te enciende?

¿Por qué mi desesperación no te vuelve, mi risa no te retiene?

¿A quién se le ruega el regreso?

¿Cómo se abraza lo intangible?

¿En dónde se inmoviliza el tiempo, para recobrarte un momento?

¿Quién recoge el último aliento?

¿Quién se adueña del último beso?

¿Dónde se guardan los huecos, de las almas sin consuelo?

¿Quién seca las lágrimas? ¿Quién contiene los desvelos?

¿Quién ruega por nosotros, los que no estamos muertos?

¿Quién posee las respuestas?

¿Quién conoce el desaliento?

¿Quién rehace en la memoria, los destrozos del tiempo?

¿Quién salda nuestras culpas?

¿Quién recoge nuestros lamentos?

¿Dónde puedo, por piedad!, decirte que te quiero?

¿Quién anota nuestras deudas?

¿Quién perdona nuestras faltas?

¿Por qué se nos impide decir adiós cuando hace falta?

¿Acaso existen las distancias?

¿Realmente está lejos lo que uno tiene dentro?

¿Cómo acepto tu muerte, cuando aún estoy latiendo?

¿Cuál es el futuro, si lloramos sobre nuestro pasado?

¿Cómo recobrar lo perdido, si ignoramos lo que poseímos?

¿Dónde se recupera la risa que jamás reímos?

¿Cómo respirar el perfume que nunca sentimos?

¿Quién cobija los sueños de los que no se han ido?

¿Cómo se abrigan los miedos que no conocimos?

¿A dónde se busca el calor de los abrazos vacíos?

¿Cómo se pegan los trozos de los recuerdos raídos?

¿De dónde nos llega el consuelo que nunca obtuvimos?

¿Quién nos responde las dudas que siempre tuvimos?

¿Quién nos explica el porqué de los amores perdidos?

¿Cómo se dice te extraño a quien no conocimos?

¿A qué hora pasa el alivio para quienes sufrimos?

¿Cómo te digo que vuelvas, si jamás te has ido?

¿Quién me dirá el nombre de quien me ha querido?

¿Dónde se guarda el secreto que nos llenará el vacío?

¿Cuándo la muerte devuelve nuestros seres queridos?

¿Acaso existe el tiempo para quienes la dicha han conocido?

¿Perdona la vida a aquellos que la han vivido?

¿Llegarán a mi vida tus respuestas, ahora que te has ido?”

Capítulo 4

Buscó la guía de teléfonos, preguntándose a sí misma si estaba segura de lo que hacía. Sin esperar su propia respuesta, discó el número que aparecía impreso en esas hojas amarillentas por el paso del tiempo y se prometió que aunque el terror de no saber que decir cuando la atiendieran la embargara, no iba a cortar.

Justo cuando sentía que su corazón estaba logrando salir de su pecho, escucho la voz al otro lado de la línea

- Hola, mi nombre es Fernanda, no sé si me recordas...

- Sí. Perfectamente. ¿Cómo estás?

- Bien, creo. Ayer hablé con tu mamá, me conto lo que pasó y por eso me atrevo a llamarte. No me animé a llamarla nuevamente a ella, pero necesito saber dónde está sepultado.

- Sí, me contó que llamaste. Me duele mucho que te hayas enterado así. Sé cuánto lo querías y cuanto te quería él a vos.

No pude responder, las lágrimas y el desconcierto se adueñaron de mis palabras. ¿Me querías?

- Hablaba mucho de vos. En los últimos tiempos, te nombraba constantemente...

- No sabía. Nunca me lo dijo. Siempre pensé que era algo unilateral.

Nuevamente el llanto quebró mi voz. Nuevamente esa angustia incontrolable me dejaba fuera de mí misma. Entonces... ¿Cuál fue realmente la historia? ¿Qué era lo que en verdad habíamos vivido? ¿Qué palabras no dijimos?. ¿Cuáles dijimos y no entendimos?

Era como leer una clásica novela de amor barata. El clásico amor perdido que nunca se olvida, los clásicos desencuentros amorosos culpa de los clásicos malos entendidos o falsos temores. ¿Acaso mi imaginación es tan potente como para estar inventando esta farsa y que yo no lo note?

- Él me llamo hace alrededor de un año y medio, después de casi 9 años de no hablarnos, pero no me dijo nada de lo que pasaba. Yo lo llamé unos meses después, pero estuvo tan frío y cortante que pensé que no le interesaba hablar conmigo.

- Cuando te llamó, sabía cuál era su futuro. Te sintió tan bien y feliz, vos le contaste que hacía muy poco habías tenido tu cuarto hijo, que no quiso

involucrarte. Prefirió callarse.

¿Dónde estás? Si, a vos te hablo. ¿Dónde estas? Necesito despedirme.

¿Entendes? Dije que lo necesito. Necesito despedirme. No te perdono que me lo hayas negado.

Capítulo 5

No era sencillo transitar la ausencia.

Había que aprender a escucharse, a dejar que los sentimientos que parecían correr desbocados entre su corazón acelerado y su cabeza atiborrada de palabras se organizaran para que ella pudiera entender y aceptar.

Había que aprender a ordenar las sensaciones para que pudiera expresarse el dolor. Ese dolor que la convertía en autómata, que le robaba la vida a su mirada, que le sacaba el calor a sus manos.

Pero ella estaba demasiado deshabitada de razones y conciencia, demasiado enojada, demasiado vacía como para poder dominar el dolor. Solo podía hablarle en silencio, contarle su cotidianeidad, para sentir que aún estaba a su lado.

"Sigo dando vueltas por la casa, por la calle, por mis pensamientos. Necesito saber tantas cosas.

Pido saber por qué. Por qué no me hablaste, por qué no volviste a refugiarte en mí como en otros tiempos, por qué no tuviste el valor de decirme lo que te pasaba, por qué, otra vez, no me permitiste estar a tu lado. Me dejaste un montón de palabras anudadas en la garganta, no me diste la oportunidad de saber.

No puedo creer que hayas sido tan egoísta, la muerte fue el único límite que no puedo intentar franquear.

No tenías derecho a marginarme. Vos sabías, como yo sabía, que había algo más allá de lo tangible que nos unía. No sé si era el hilo rojo, el de plata, el de soga o si fuimos algo en alguna otra vida. Tampoco sé si nos conocimos mucho, pero sí sé que fue lo suficiente.

Voy a extrañar tu ausencia, pues hasta hoy era distinta. Era esa ausencia con certeza, porque yo sabía que estabas, que si te llamaba tu voz me respondería, que si te buscaba estarías, que si te necesitaba...

Aun cuando jamás te llamase, aun cuando jamás volviese a verte, aun cuando jamás hubieses vuelto a pronunciar mi nombre ni yo el tuyo, ambos sabíamos que en cualquier vuelta de la vida, nos podríamos volver a encontrar. Pero ahora es distinto, ahora sé que jamás poder cruzarme con tu mirada celeste, con tus manos de dedos largos, con tu cuerpo frágil, con tu miedo a ser distinto.

Es difícil acostumbrarse a la idea de saber que ya nunca podre preguntarte nada, es imposible entender por qué si me recordabas, no me buscaste o tal vez, y solo tal vez, me buscaste de manera errada. Es difícil acostumbrarse a la idea de saber que las preguntas que quedaron sin respuesta, nunca la tendrán.

Hoy pasé revista a mis recuerdos. Volví a recorrer nuestras conversaciones, nuestras salidas, nuestras peleas, nuestros encuentros, te volví a la vida de a retazos, tratando de resucitarte para mí. Fue inútil, solo logré eternizarme en nuestra última conversación y reprocharme no haber vuelto a llamarte antes y no cuando ya no estuviste para atenderme.

Aun me ronda la duda. Si tu tozudez, tus prejuicios y tu temor no te hubiesen impedido jugarte por mí, si mi necesidad de sentirme querida no hubiese sido descubierta por alguien más, ¿nosotros hubiésemos sido algo más que este par de tontos que fuimos? En muchos momentos sentí que eras lo que quería. En algún momento pensé que era yo a quien sentías. En otros, no supe que sentir ni que pensar.

¿Cuantas veces fantaseé pensando que en realidad no te animaste, que te quedé en la memoria como un capítulo por resolver? No quiero ser soberbia si digo que también espere que, en algún momento, te arrepintieras de no haberme retenido y me lo dijeras. Pero nada de eso tiene ya sentido, esas son algunas de las conversaciones que dejaste pendientes, y que, si existe otro lugar y otro tiempo, ambos vamos a tener.

Te prometo visitarte. Solo dejame averiguar dónde te encuentro. Y no te enojes, pero mi saludo no será afectuoso, tengo mucha rabia contenida por tu partida; solo después de haberte asesinado podré darte ese beso que me quedó en los labios, podré darte ese abrazo que me quedó vacío, podré mirarte a los ojos y sentirte mío.

Yo sé que la vida nos fue apartando, y que lo que éramos, ya no somos. Que nuestros caminos no eran cruzados y que lo nuestro fue un vano y tímido intento por torcer la historia.

Pero aun así, vos sabías como yo también sabía, que podíamos contar el uno con el otro, pues esa era nuestra historia: contenernos mutuamente cuando la vida nos revolcaba contra la realidad. Y es por eso que me duele pensar en tu desdicha solitaria, cuando juntos hubiésemos podido volver a enfrentarlo.

No te juzgo, solo pienso en voz alta. Repetimos nuestra propia historia, otra vez no nos dimos la oportunidad de cambiar las cosas, solo que esta

vez, ya no hay regreso.

Preciso creer que también a vos te quedaron palabras en el tintero, y creo que a tu manera, el no decirlas fue una forma de demostrarme que también fui importante para vos. Aún contra tu voluntad, sigo deseando creer que me quisiste más de lo que te animaste a reconocer. Y convencerme que hasta tu silencio tiene sabor a cariño.

Me desespera hablarte sabiendo que no sabrás de mis palabras, pero no logro descubrir otra forma de llegar a vos."

Capítulo 6

Y seguían sucediéndose las mañanas que despertaban y las noches que la hundían en los oscuros silencios de la ausencia.

Los rayos del sol siguieron burlando las persianas y ella siguió girando para esconderse bajo las sabanas. Solo que ahora no se inventaba historias con finales elegidos. Ahora solo podía hablarle en silencio soñando con que alguna vez habría una señal que le demostrase que la escuchaba

"No puedo dejar de pensar, de pensarte. Los días se suceden uno tras otro y yo sigo empantanada en la misma baldosa sin poder descubrir cuál es el comando para volver a caminar.

Lo único que se mueve, que va y viene, que se desplaza a una velocidad que me confunde y desorienta, es mi pensamiento. ¿Existirá un "más allá"? ¿Existirá otro lugar y otro tiempo, del cual no tenemos memoria ni razón? ¿Habrá un espacio, en otros planos, en el cual permanecer y transcurrir mientras qué...?

¿Tendrán nuestras almas otra historia que la que nosotros conocemos? ¿Habrán tenido nuestros besos otros dueños, de los que nosotros no sabemos?

No sé si he vivido antes, ni si viviré después, pero necesito entender por qué desde siempre fue sentir que te conocía desde antes y porque es penetrante la sensación de que nuevamente te volveré a ver.

Los recuerdos me acosan, regresan atropellados, obligándome a ordenarlos. Nos vimos ¿por primera vez?, una noche de septiembre. Vos, yo y muchos más. Pero ellos no existían, estaban, nada más. ¿Nunca? antes nos miramos, ¿nunca? antes nos hablamos, ¿nunca? nada hubo antes que pudiese conectarnos.

¿Solo yo descubrí que no necesitamos decirnos, que el tiempo quedó atrás, que fuimos uno, fuimos ambos, que fue sentir y nada más?. ¿Qué fue tocarnos y reconocernos, mirarnos y encontrarnos, saber aún sin saberlo que no estábamos de paso?... Luego vinieron las palabras, los besos, los encuentros... ¿Solo a mi me confirmaron en el cuerpo, lo que ya habitaba dentro...?

¿Cuándo fue que nos conocimos? ¿Cuándo fue que nos miramos? ¿Cuándo fue, que fue tan fuerte, que no pudimos olvidarlo? Lo olvidaron nuestras manos, lo olvidaron nuestras bocas, lo olvidaron nuestras voces, lo olvidaron nuestros cuerpos... Pero el alma sin memoria, los sentidos

siempre alertas, recordaron al instante aquel encuentro previo...

¿Cómo explicar la sensación de que las palabras no decían nada nuevo, de que cada caricia compartida parecía evocar un recuerdo? Fue reconocernos, aún sin saber quiénes éramos; fue como si la vida, nos enfrentara de nuevo...

Tantas veces pensé, en estos años, si habrá sido mi imaginación o si habrá sido un espejismo. ¿Cómo se explica que en el correr del tiempo, jamás llegó el olvido? Muchas, demasiadas, incontables horas, días y años han transcurrido desde que dejamos de vernos... ni llamadas, ni cartas, ni encuentros... Sin embargo, nunca dejamos de sabernos.

¿Cuál fue el vínculo invisible, que nos anudó sin atarnos? ¿Existió? ¿O solo fue este absurdo deseo de eternizarte en mí quien lo invento? ¿Por qué no te alejaste de mi vida con los años? ¿Por qué no te olvidaste de mi con el tiempo? ¿Qué secretos designios tiene el alma en su camino, que se aparta y luego vuelve, como si quisiera recobrar algo perdido?

Si las almas regresan en busca de lo perdido solo debo aguardar, esperar volver a hallarte en algún recodo, en algún desvío. No sé. Es casi un desvarío. ¿Realmente es posible pensar que puede ser posible? ¿Qué tal vez sea otro tiempo, tal vez con otro desafío, que tal vez no estemos tristes?, ¿Que quiza esta vez me reconozcas y me elijas, que tal vez ya no haga frío?...

Dando rienda suelta a mi delirio, me consuelo suponiendo que en algún destino y más allá de los testigos, nuestras almas, nuestros cuerpos, recobrarán lo perdido."

Capítulo 7

Los días se empeñaban en pasar sin dejar huella, sin dejarle saber que el tiempo estaba haciendo su trabajo para que el dolor amainara.

Se dejaba engullir por las despiadadas fauces de la pena y mientras, sentía que nada de lo que hiciera iba a cambiar la intensidad de su dolor, por eso no hacía nada.

Solo podía pasar largos ratos tendida en su cama o sentada donde fuese, balbuceando plegarias al cielo y soñando con que alguna vez, algún día o por algún milagro, él hallará la forma de responderle.

"Espero que lo entiendas de una vez y me ayudes a descubrir cómo resolverlo. Necesito despedirme.

Preciso decirte ese adiós que me quedó en el cuerpo y en el alma. Poder alejarme de vos con un recuerdo, con una imagen para retener en mi memoria, recordarte en un momento definido, con palabras que te dibujen en mi memoria, con un gesto que te identifique, con la certeza de saber que no quedaron ni preguntas ni silencios.

Despedirte formalmente, alejarme de vos con una frase, darte un beso en la mejilla, decirte que tal vez volvamos a encontrarnos. Saber que te estoy dejando, que me estás dejando, que nos estamos despidiendo.

Necesito ese instante en el cual nuestras miradas, nuestras almas, nuestras manos, nuestros recuerdos, nuestros cuerpos, sepan que es el último que compartiremos. Decirte adiós con palabras que escuches, que sientas el dolor que no domino, derramar en tu presencia las lágrimas que hoy reprimo.

Despedirme mirándote a los ojos, viendo tus ojos contemplarme, saber que sabés de mi dolor por tu partida, y sabiendo del tuyo por dejarme. Escuchar el sonido de mis palabras diciéndote que voy a extrañarte y escuchar el silencio de las tuyas, sin tener que contestarme.

Necesito tenerte aquí adelante, verte, mirarte, tocarte. Pido una despedida en la que pueda abrazarte para siempre.

¿Dónde te encuentro para hacerlo? ¿En qué cuerpo, en que mirada, en que silencio, en que habitación, en que parque, en que recuerdo?

Solo conservo de vos, lo que quedó en mí. Ni cartas, ni regalos, ni pañuelos, ni libros, ni siquiera tu perfume. Solo tu presencia eterna, tus

secretos, tu ausencia.

Entendeme, por favor. Necesito encontrar un lugar donde reencontrarte, donde poder recrear mis recuerdos, poder sentir en un objeto que estás aunque sea por un instante, de regreso. No me quedaron espacios comunes ni lugares compartidos, necesito algo más que un recuerdo frágil y borroso que los años desdibujan.

Nunca nos dijimos adiós, nunca tuvimos ni el valor ni las ganas de decirlo, quizá intuimos que aún a pesar de las palabras, siempre existiría un nuevo encuentro.

Pero hoy, cuando ni las palabras ni los supuestos nos contienen con la esperanza de saber que pronto nos hallaremos, necesito despedirte para poder seguir viviendo.

Para dejarlo en claro, necesito decirte adiós, más allá del dolor que cause.

Sabiendo que nunca vas a alejarte, para que sepas que nunca voy a dejarte.

Para dejarlo en claro, necesito

recuperarte, aunque al menos un instante, para decirte y que me digas, que fue realmente lo importante.

esa última charla compartida, ese último café sin sobresaltos, ese último abrazo traspasando nuestra piel.

verte mientras te hablo.

hablarte sabiendo que me escuchás.

oír tu voz diciendo que te vas.

darte un abrazo sintiendo tu cuerpo en mis brazos.

consolar tu dolor en tu presencia.

contener tus miedos diciéndote los míos.

escuchar tu voz desde tu boca.

sentir tu mano en la mía.

que me veas mientras lloro.

que este adiós sea compartido por tu cuerpo y el mío, por tus palabras y las mías, por tu llanto y el mío, por tus miedos y los míos.

Necesito decirte adiós y que lo sepas.

Necesito que me digas adiós y oírlo.

Tiene que existir la manera, tiene que haber algún modo para que, aunque sea por un instante, fugaz, efímero y eterno, vuelvas a estar vivo, respirando, escuchando, sintiendo, recibiendo, dando, llorando, sonriendo, agrediendo, consolando...

Un instante fugaz y efímero en el que pueda tenerte vivo, para poder aceptar que estás muerto.

Capítulo 8

Se despierta solo para descubrir que nada de lo que sucede es un sueño. Siente como el dolor se va volviendo casi constitutivo, como si cada vez ocupara más espacio, estuviese más arraigado dentro suyo.

Las horas pasan sin que nada cambie, se convence de que es mentira que el tiempo cura. Le duele mucho.

Entonces, ¿por qué resistirse? ¿Por qué no dejar de intentar olvidarlo? ¿Por qué no abandonarse al placer de recuperarlo, aunque sea en girones de memoria, para regalarle al alma ese engaño que la consuele unos minutos?

"Fuimos risas y fuimos llanto; fuimos dolor y fuimos flor. Fuimos todo lo que quisimos y hasta lo que no se nos ocurrió. Paz y guerra; fuego y frío; alma y cuerpo; hola y adiós.

Fuimos nada y fuimos todo, antes y después. Fuimos más de lo que supimos y menos de lo que hubiésemos querido ser. Calma y tormenta, sufrimiento y placer, iguales y diferentes, complementos tal vez.

Nos separamos como fuimos, sin entender cómo, dónde ni porqué. Ni siquiera nos dijimos que jamás nos volveríamos a ver.

Fuimos antes, fuimos luego, jamás; tal vez; fuimos siempre, fuimos nunca; eternos y fugaces a la vez. Nos pertenecimos sin darnos, nos entregamos sin saber; desde siempre y hasta siempre, nos arrepentiremos tal vez. Nos separamos a sabiendas, nos distanciamos sin querer; siempre fuimos y no fuimos, nunca entendimos que hacer.

Fuimos juntos, fuimos siempre, fuimos todo, ¿fuimos tanto?"

Capítulo 9

El timbre del teléfono la despertó bruscamente, impidiéndole eternizarse en el ritual mañanero de jugar a las escondidas con el rayo de sol que, a fuerza de pasar el tiempo, era más fuerte y cálido que unos meses atrás.

Se levantó con prisa, respondió con desgano que no le interesaba la promoción y cortó. Fue hasta la cocina, dejó en el fuego la pava para calentar el agua con la que se prepararía el café instantáneo y caminó hacia el baño.

Mientras se cepillaba los dientes, se miró en el espejo. ¿Cuánto hacía que no se miraba? ¿Cuánto había pasado desde la última vez en que se había hablado a ella misma sin desviarse la mirada?

No lo recordaba y tampoco parecía importarle. Era como si se hubiese convertido en otra, en un clon imperfecto de quien había sido hasta el día en que tuvo que enfrentarse a la idea de su ausencia.

Le sonrió al rostro que se reflejaba en el espejo y casi sin notarlo, se encontró hablando en voz alta.

"Es gracioso. Tanto llorar y sufrir todo este tiempo y resulta que ahora, apenas me despierto, descubro que no te recuerdo.

Si, así como lo escuchas. No recuerdo ni tu rostro, ni tu voz. Dudo si recuerdo tu nombre y el color de tus ojos.

Ni el perfume que usabas, ni tu número de teléfono. Ni el sonido de tu risa, ni tus secretos, ni tus lamentos. Ni tus miedos, ni tu esperanza. Tampoco recuerdo ni la forma de tus labios, ni el rumor de tus pisadas ni tus contornos, ni tus palabras. No recuerdo a tu cuerpo, ni lo que me inspiraba.

No recuerdo cuando fue, no recuerdo si existió. Y por eso no entiendo, me confunde y desmorona no poder descubrir por qué todo en mí es tu recuerdo, sin rostro, sin perfume, sin voz.

Busco y revuelvo en mi memoria los datos que no tengo. ¿Cómo eras, que dijiste, cuándo fue?

Por favor, respóndeme. ¿Por qué tu recuerdo no es un lugar, un objeto, un aroma, un hecho ni una foto?

¿Por qué tu recuerdo es presencia, es ausencia, es dolor y felicidad, es forma sin contorno, es mirada sin mirar? ¿Es lo bueno y lo malo, lo que

fue y lo que nunca será?

¿Estás seguro? ¿Realmente es esa la respuesta? ¿Realmente es porque mientras yo esté, vos estas?”

Capítulo 10

Regresó de la calle con apuro. Había salido sin abrigo suponiendo que la primavera que se aproximaba sería más comprensiva con su necesidad de sentir calor en su cuerpo. Entró a la cocina, se preparó un café y se sentó en el sillón del living, frente a la televisión apagada.

Acariciaba la taza que le regalaba ese sustituto del calor añorado y fijo su vista en esa marca que había dejado en la pared el clavo que ya no sostenía ningún cuadro.

Como si alguien leyese un libro en voz alta, se escuchó decir:

"¿Qué tanto pueda ser lo que queda por resolver? ¿Cuánto pueda ser lo que quedó sin contar? ¿Qué querrías preguntarme? ¿Qué nos faltó saber?

¿Dónde estuvimos tanto tiempo? ¿Qué pasó en nuestras vidas? ¿Quienes fuimos de allí en más? ¿Dónde dejamos nuestras dudas, a quién le fuimos a contar?

¿Cuántos pasos caminamos? ¿Hacia dónde quisimos llegar? ¿En quienes nos convertimos? ¿Quienes somos en realidad? ¿Cuántos besos hemos dado, cuántos más nos han de dar?

¿Qué historias vivimos luego? ¿A quién besamos al despertar? ¿Qué fantasías fuimos inventando y no nos pudimos contar?

¿Qué cosas nos fueron dañando? ¿Qué libros nos gustaron más? ¿Qué películas vimos? ¿Qué nuevos lugares conocimos? ¿A dónde nunca volvimos? ¿A quienes perdimos?

¿Quién se enojó con nosotros? ¿Qué regalos recibimos? ¿Cambiamos de trabajo? ¿Nos compramos algo lindo?

¿Cómo fue que seguimos caminando por la vida y nunca retomamos la senda de los pasos compartidos? ¿Cuáles fueron los amores, cuales los dolores, quien bebió la vida a sorbitos o borbotones?"

Fue como si se despertase de golpe. La marca del clavo parecía haber desaparecido de repente obligándola a recordar que la taza se enfriaba entre sus manos.

Ya, pensó. Suficiente.. Es tiempo de doblegar toda esta angustia. De ponerle coto a esa sensación de nada que se instaló en mi pecho.

Después de todo no debía ser tan difícil, susurró. Solo es cuestión de encontrar las respuestas…

Capítulo 11

Estaba terminando la cuarta taza de café del dia cuando sonó el timbre. Caminó automáticamente hacia la puerta. Lo único que retumbaba en su cabeza era el eco lejano de los ruidos que hacían los albañiles de la obra lindera.

Atendió al vendedor ambulante con toda la amabilidad de la que era capaz y sin intentar despedirlo inmediatamente. Había descubierto que los días que ocupaba con distracciones, aunque fuesen pequeñas o insignificantes, finalizaban con menos lágrimas derramadas y menos desasosiego oprimiendo el pecho.

Despidió al vendedor, giró la llave en la cerradura y caminó sobre sus propios pasos atravesando el largo pasillo que llevaba nuevamente al comedor.

Enjuagó la taza y salió al patio. Cargó el lavarropas, lo puso a funcionar y comenzó a barrer las hojas que el otoño había arrojado sobre las baldosas de cemento. El viento suave la obligaba a pasar una y otra vez por los mismos lugares, lo que le daba la perfecta excusa para dejar volar sus pensamientos sin testigos

"Estaba pensando. ¿Y sabes que pienso? Pienso que perdimos la oportunidad.

No supimos reconocerla, golpeó nuestra puerta y no salimos a recibirla. Se nos presentó repentina como la tormenta de verano, avasalladora como el alud, desbordante como la marea, demandante como un bebé hambriento. Se parecía tanto a nuestros sueños, que no creímos que pudiera ser real.

Pienso que dejamos pasar por nuestra vida la posibilidad de vivir el sueño soñado, de sentir el sentimiento fantaseado, la emoción imaginada, la eterna pasión que siempre esperamos. Preferimos la calma segura de lo que conocíamos, la certeza que nos facilitaba lo sabido, la melancolía de lo que nunca vivimos.

Perdimos la oportunidad de vivir un sueño eterno. De estar juntos más allá del espacio y del tiempo, de decir Te quiero en cada gesto, de descubrir y compartir lo más oscuro y corrupto que había en nuestras almas, de regocijarnos compartiendo lo más sublime y puro de nuestra esencia.

Perdimos la oportunidad de eternizarnos el uno en el otro, ser lo que siempre quisimos y nunca logramos, de ser la historia de los cuentos de

hadas.

Eso pienso.

Y ahora nos jodimos. Ya fue. Nos la perdimos.”

Capítulo 12

El tiempo transcurría mientras ella no parecía notarlo. ¿Cuántos días habían pasado desde ese frío día de julio en que el piso había desaparecido bajo sus pies? Debía hacer casi un año, el frío estaba volviendo a colarse por los bordes de las ventanas, mientras ella miraba los árboles semidesnudos de su vereda.

Se hizo un ovillo en el sillón y acomodó la manta que había colocado sobre sus piernas arrastrándola hasta sus hombros. Apoyó su mejilla en el respaldo y entrecerró los ojos. Sonrió para ella misma, preguntándose por qué seguía tratando de recordar su rostro cuando sabía que no podría y pensó que quizá era la forma que habían encontrado para seguir unidos.

"No vas a créelo. Pero creeme. Es cierto.

Ya calmó la angustia, pero no desapareció.

Solamente que ya no lloro.

Solamente que puedo pensarte sin morir cada vez que te pienso.

Solamente que puedo hablarte sin quebrarme en pequeños fragmentos cada vez que te hablo.

Solamente que puedo recordarte sin perderme en un recodo del dolor cada vez que te encuentro en un lugar de mi memoria.

Solamente que puedo extrañarte sin sentir que no existo sin tu presencia cada vez que te extraño.

Solamente que puedo permanecer en los lugares que juntos ocupamos sin encontrarme vacía cada vez que permanezco.

Ya calmó la angustia.

Pero no me creas si te digo que me llegó la resignación."

Capítulo 13

Estaba sentada en la sala de espera del médico. La vida continuaba y el control anual no esperaba.

La sensación de pegoteo en la piel acalorada del verano, contrastaba con el ambiente casi frio que generaba el aire acondicionado.

Conto mentalmente la cantidad de pacientes y el tiempo que significaba hasta que le tocase e turno a ella.

"Estoy sola. ¡Suena tan patético!

Pero no, no es tan terrible después de todo. En este pozo tenebroso y profundo al que me mude desde tu muerte, descubro que la soledad tiene tantas formas como soledades tengamos.

Tiene la forma de la compañía, cuando sentimos que los sonidos se hacen ecos lejanos y los abrazos dejan fuera el alma.

Tiene la forma de la ausencia, con las redondeces de silencios acomodándose entre los huequitos de nuestros recuerdos.

La soledad puede ser de adentro y de afuera. La de adentro es la que adormece las mariposas de la sangre, la que acuna los sueños que nunca se cumplen... La de afuera, la que se engalana de rechazos y sonrisas huecas, la que, a la hora del apretón de manos, se desdibuja en un simple roce entre los dedos...

La soledad es una y son muchas.... Es la de las tardes en silencio esperando que la eternidad sea efímera...

Es la de los cafés en la madrugada desde el rincón del bar, tratando de cruzar alguna mirada con quien compartir, aunque más no sea un segundo de nuestra existencia...

Es la de las palabras que remontan vuelo hacia un cielo donde ninguna bandada las espera...

Es la de las esperas infinitas que se acurrucan entre ilusiones y utopías esperando quien venga a recogerlas...

En este pozo tenebroso y profundo al que me mude desde tu muerte, descubro que la soledad es a veces esa amiga que no nos abandona, que se prende del alma en un descuido y que, desde entonces, se convierte en

compañía.”

Capítulo 14

Era casi como respirar. No se piensa. Se siente. Como se siente cuando el aire nos llena el pecho y nos hace saber que estamos vivos. Ella sentía que mientras lo pensara, mientras tratara de arrancarle al olvido sus gestos, sus palabras, sus recuerdos, estaba segura, protegida, viva.

Y no le importaba entender por qué necesitaba mantener invariable el recuerdo. ¿Qué importaba si era para no olvidarlo o para reconocerlo cuando volviese a verlo?

Lo único que importaba era que mientras lograra arrancárselo al olvido, el dolor era menos intenso

"No quiero agobiarte con mis lamentos. Juro que no, pero por favor, tenerme paciencia. Es que, para mí, esperarte no es sencillo...

Porque mi espera sabe que no tiene tiempos... Es de esas esperas eternas e infinitas, que van desdibujándose entre las horas y los silencios.

Esperarte es mi zozobra. Porque mi espera sabe de tu llegada imprevista. Es de esas esperas que se hamacan entre tus ausencias y presencias fortuitas, acomodándose a tus tiempos y deseos.

Esperarte es mi compañía. Porque mi espera sabe de mi orfandad de voces y sonidos. Es de esas esperas que se instalan en el alma para que la soledad de los afectos tenga con quien rumiar sus penas.

Esperarte es mi deseo. Porque mi espera es quien me sostiene en las noches sin encuentros. Porque es de esas esperas que dan fuerza y coraje para aguardarte sin buscarte, para extrañarte sin llorarte.

Esperarte es mi consuelo. Porque mi espera sabe de mi piel sin besos. Es de esas esperas repleta de recuerdos para darle batalla al desencuentro, a los olvidos, a los no me acuerdo.

Esperarte es mi constante. Porque mi espera es permanente y obstinada. Es de esas esperas obcecadas que no entienden de adioses ni desengaños, que no acepta finales ni despedidas.

Esperarte es mi rutina. Porque mi espera es de cada uno de mis días. Es de esas esperas que se levantan junto a mí por la mañana, caminan junto a mí las tardes y se acuestan en mi cama al llegar la madrugada.

Esperarte es no es sencillo... Porque mi espera sabe de su sinsentido. Es de esas esperas que no saben de rendirse frente a las batallas perdidas,

que se paran firmes y hasta casi desafiantes frente a las evidencias de tu no regreso.

Esperarte no es fácil. Esperarte no es mi cielo. Pero aun así te espero. Porque, aunque duela aceptarlo, no esperarte, yo no puedo.

Capítulo 15

Acomodo las tazas sobre la mesa y repasó mentalmente cuántos serían y que faltaba preparar.

No debía faltar mucho tiempo hasta que la primera de sus amigas llegase para compartir una tarde de "charlas femeninas". Ella sabía que era una excusa para sacarla, aunque fuese por un par de horas, de ese ostracismo en el que se había arrojado desde hacía meses.

¿Se había arrojado? ¿Había caído? ¿Cuánto de su propia decisión había en no poder correrse de ese lugar de espanto y ausencia en el que estaba instalada? ¿Hasta qué punto no estaba convirtiéndose en alguien que disfrutaba sintiendo ese dolor?

El timbre sonó y la presencia de sus amigas inundaron el aire. El sonido de las tazas chocando contra sus platos y las masas despegándose de sus pirotines se confundían con el parloteo de sus voces recordando anécdotas y confiando nuevos secretos. Era difícil escucharlas cuando sus propios relatos ocupaban su mente, pero aún así intentó sumarse a la conversación. Después de todo, sus pensamientos podían aguardar el final del encuentro.

"No tengo apuro, ya nada necesita ser resuelto de forma urgente. Tengo el tiempo suficiente para dedicarme a buscarte de la manera que haga falta.

Desesperadamente.

Tranquilamente.

Descontrolablemente.

Controladamente.

Irracionalmente.

Calculadoramente.

Dolorosamente.

Alegremente.

Crédulamente.

Desconfiadamente.

Ingenuamente.

Descreídamente.

Torpemente.

Inteligentemente.

Tristemente.

Felizmente.

Infructuosamente.

Satisfactoriamente.

Constantemente.

Ocasionalmente.

Penosamente.

Risueñamente.

Incansablemente.

Exhaustamente.

Desbocadamente.

Planificadamente.

Enloquecidamente.

Cuerdamente.

Encarnizadamente.

Casualmente.

Mentalmente.

Físicamente.

Rápidamente.

Pausadamente.

Profundamente.

Superficialmente.

Eternamente.

Fugazmente.

Sutilmente.

Obviamente.

Ocultamente.

Expuestamente.

Engañosamente.

Sinceramente.

Momentáneamente.

Eternamente.

Tengo el tiempo suficiente para dedicarme a buscarte

En cada risa.

En cada rostro.

En cada pausa.

En cada paso.

En cada esquina.

En cada bar.

En cada frase.

En cada silencio.

En cada quejido.

En cada sonrisa.

En cada recuerdo.

En cada objeto.

En cada mirada.

En cada sonido.

En cada tristeza.

En cada festejo.

En cada emoción.

En cada tormento.

En cada rincón.

En el Universo.

Te busco, te busco, te busco y no te encuentro

Pero no desespero

Tengo el tiempo suficiente para dedicarme a buscarte, a buscarte y a seguir buscándote y buscándote hasta que te encuentre...

Capítulo 16

Se le ocurrió de repente. Sería porque el pollo al horno estaba demorando más de lo previsto en estar listo o porque la familia aún no estaba rondando y preguntando cuando cenaban.

Se sentía tranquila, el día no había sido muy diferente al resto de los días, pero ella había estado más serena y casi feliz. Y si tantos días lo había convocado para contarle de su tristeza, ¿por qué no hacerlo para compartir su calma?

"¿Te acordas? Me gusta pensar que si, que para vos también fue importante, pero igual, por las dudas que se te escape algún detalle, te lo cuento…

Era septiembre. Todavía se sentía en el aire, el aliento fresco del invierno que se despedía.

No fue un encuentro casual; no nos cruzamos en una esquina cualquiera, ni iniciamos nuestra charla en una reunión fortuita...

Mi ánimo no era el mejor, mi alma y mi piel estaban hechas añicos por la ruptura de ese clásico primer noviazgo adolescente. Todo comenzó con la invitación insistente de una amiga que no pude o no supe rechazar.

_Dale, vení. Conocí a un chico macanudo, arreglamos salir con mi prima y dos amigos de él. Vamos a ir al cine.

Fuimos seis. O al menos eso creo.

Instintivamente, busqué sentarme a tu lado. No fue tu casi inexistente simpatía, no fue tu cuerpo delgado y desgarbado.

Tampoco fueron tus manos de dedos blancos y largos, ni fue tu mirada recelosa y desganada.

No sé qué fue, pero no pude resistir el impulso de ubicarme cerca tuyo, de sentirte cerca, de saber que tu cuerpo estaba junto al mío.

La película continuaba, era hermosa. "La guerra del fuego". Mirarla era como volver sin darse cuenta, al estado primitivo, a sentir que la única manera de saber y conocer el mundo, era a través de las sensaciones. Fue como trasladarme a un mundo donde las palabras ni existían ni eran necesarias. Solo los sentidos. Solo las emociones. Solo las sensaciones.

Las escenas fuertes fueron una buena excusa para buscar el hueco de tu cuello donde esconder mi rostro. Tus manos suaves y lánguidas, fueron

anfitrionas de las mías, en aquel inconfesable e inentendible deseo de sentir tu piel en mi piel.

Salimos sin hablar, las palabras vinieron mucho después. No recuerdo quienes conversaban, ni que cosas decían. ¿Y vos, te acordas?

En aquella confitería, nuevamente un café nos enfrentó las miradas, tensas, atemorizadas, inquisidoras, desorientadas. ¿Acaso alguien entendía lo que sucedía?

- ¿Qué pasa que tenés esa cara? - Uno de ellos te preguntó al azar.

- Me duele la cabeza, respondiste

- ¿Mozo, por favor, sería tan amable de alcanzarme una aspirina? - me escuché decir en la necesidad de tomar un respiro para comprender que era lo que la razón no explicaba.

Caminamos, todos, ellos, nosotros. Casi sin hablar, saboreando el silencio que nos aunaba, regocijándonos en las palabras que no necesitamos decir...

Solo preguntas casuales y superficiales. Lo importante estaba dicho. Pero no lo dijimos. (Una vez mas)

No recuerdo cuando fue antes, pero sé que no fue ese día el que nos conocimos. En ese momento simplemente nos reencontramos. La piel, las miradas, las almas fueron quienes primero supieron.

Nos despedimos a desgano.

- ¿Me dejás tu teléfono?

- Llamame.

Y así recomenzó todo. Y así volvimos a encontrarnos. Y fue en ese mismo momento en que, estoy segura, nuevamente comenzamos a perdernos..."

Capítulo 17

No era un capricho, realmente no lo era.

Era una necesidad que surgía de sus más íntimas entrañas vacías de certezas y repletas de dudas, desde lo más profundo de ella misma. Necesitaba volver una y otra vez a ese momento exacto, a ese instante bisagra, a ese minuto que, no tenía dudas, era el origen de toda esta desazón.

Y casi como una confidencia, revelarle alguno de esos secretos que nunca le dijo, confiando en que quizá, la escuche

"Nunca pude contarte, así que ahora, que estoy tranquilamente sentada frente a mi taza de café, haciendo lo mismo que vengo haciendo desde, ¿desde cuándo? pienso en vos y me pregunto por qué no contártelo.

Fue ese día de abril de 1994. De repente. Cuando menos lo esperaba. Imprevistamente, sorpresivamente, después de tantos años de silencio, sonó el teléfono.

Igual a miles de veces antes, igual a miles de veces después. Con el mismo timbre que me sobresaltaba, haciéndome sentir como mil veces antes, como mil veces después, esa mezcla de curiosidad y ansiedad. ¿Quién será? ¿Qué me dirá?...

Solo me bastó escuchar tu voz. Solo me bastó tu primera frase entrecortada para que atropelladamente, sin coherencia ni respeto, todos los recuerdos se lanzaran en tropel para aglomerarse en mi garganta, en mis palabras, en mi piel, en mi pecho, en mí...

¿Cómo describir la alegría? ¿Cómo explicar la emoción? Me llamaste inesperadamente. Inoportuna, confusa, egoístamente.

Me llevaste sin compasión de regreso al ayer, a los caminos no recorridos, a las charlas inconclusas, al dolor de la pérdida, al sabor de los besos archivados en el estante de los amores contrariados...

De repente. Cuando menos lo esperaba. Imprevistamente. Sorpresivamente. Para recordarme que no te habías ido nunca . Sonó el teléfono. Regresaste.."

Capítulo 18

Se levantó animada. El trino de los pájaros que anunciaban el inicio de la primavera se confundían con el rumor del viento pasando entre las ramas de los árboles que mostraban sus primeros brotes.

Una vez más no recordaba que había soñado, pero debía haber sido algo balsámico, porque se sentía casi feliz.

Mientras se preparaba el café, miró por la ventana el cielo celeste como sus ojos y no lo dudó. Volvió sobre sus pasos, abrió las puertas del placard y comenzó a vestirse. Parada frente al espejo, mientras intentaba acomodarse el pelo, le comenzó a hablar

"¿Tenes ganas? Te invito. Dale, no seas egoísta. Dame un gusto, aunque sea.

Quiero caminar las veredas rotas de las calles que alguna vez pisamos con ritmo desigual. A detener la mirada en cada puerta, en cada ventana, en cada vidriera, casi sin ver en realidad...

Acompañame a perderme en el recorrido irregular de las hojas que el viento de otoño arrastra por sobre nuestros hombros, distraerse de la realidad, ausentarme de mi propia imagen para levantar vuelo junto a aquel gorrión que navega entre los árboles del Jardín Botánico.

Empujame a prenderme al sonido de los caños de escape de los autos que pasan a mi lado, para ensordecer los quejidos de mi alma, sofocar el grito de mi sangre con el manto espeso del hollín de esta ciudad que me ahoga y me eleva, de esta ciudad que me ignora y me reconoce...

Haceme explorar el uniforme del mozo de la confitería metiéndome en cada detalle de su camisa, forzándome a adivinar que lleva en la bandeja, sorprender a los papeles que juegan a la ronda en las esquinas con nuestro paso amenazante.

Ayudame a evadirme tratando de descubrir la forma de las nubes, un osito?, ¿una montaña?, un castillo? Lo que sientas, lo que creas, lo que necesites que sea...

Acompañame hasta llegar hasta la boca del subte, y mirar con sorpresa la escalera que baja hacia... ¿dónde?... ¿Qué inimaginables sitios descubriré al descender por la ruta de los escalones? ¿Será el paraíso? ¿Mi infierno tal vez?... Mirar hacia abajo, hacia el hueco oscuro por donde otras almas deambulan, buscando sus destinos, quizá.

Convenceme de perpetuarme en el murmullo de las ramas que bailan irreverentes frente a mi mirada melancólica, que observa interrogante buscando comprender la coreografía que las armonice.

Obligame a hacerlo lenta, pausada, despreocupadamente.

Mirar hacia el cielo, sintiéndome parte de la vida y de las cosas, de las vidas ajenas y de la propia, sintiendo que soy parte del universo.

Regocijarme en la risa irreverente y plena de un niño que corre entre la gente, un niño que podría ser mi hijo, o el tuyo. Serenarme ante la certeza de estar viva.

Llenándome con los sonidos, las imágenes, los sabores y los aromas que la vida me ofrece, para poder atesorarlos en la memoria del alma, con la secreta y oculta intención de encontrar el momento en el cual poder volver a compartirlos.

Atiborrándome de sucesos cotidianos, de risas y de llantos, de bocinazos y frenadas, de charlas de café ajenas, de vivencias extrañas...

Dale, no seas egoísta. Dame un gusto, aunque sea.

Vayamos a caminar.

Sin que se note, sin que se sepa, sin que se entienda. Quiero caminar en tu compañía."

Capítulo 19

No supo evitarlo. O no quiso. O no lo pensó y simplemente se dejó llevar. El pensarlo a cualquier hora, momento o lugar, se convirtió casi en su motivo para levantarse cada día.

Cualquier motivo o estímulo provocaba que su recuerdo apareciera acompañado de un momento, de un sentimiento, de una sensación. Y si no había motivos, no importaba, era ella misma quien lo invitaba a invadirla y regalarle la dicha de recuperarlo.

"Todavía me emociono cuando nos miro a la distancia, aunque tengo miedo de descubrir que es mi necesidad de recuperarte la que se inventa un nexo que no existió.

Me llamaste el jueves siguiente al ese primer reencuentro. Me propusiste pasarme a buscar y no quise. ¿A quien se le ocurria que fueses a buscarme hasta "tan lejos"? Mejor combinar para encontrarnos "en capital". Camine las cuadras que me separaban de la estación y esperé el tren que me llevaría a verte.

Nunca había había salido fuera de pequeño barrio en las afueras de la capital y con alguien que casi no conocía. Ignoraba que fuera de los límites de mi mundo, existía otro mundo, y que tal vez, había un espacio para mí en él.

Nos miramos como redescubriéndonos. En verdad, no sabíamos quién era aquel que teníamos delante. Una conversación tonta, algún comentario sin mucha profundidad. ¿Quién era ese otro, podía acaso entender lo que decía? ¿Comprendería sus palabras, o sería un nuevo desencanto?

Agradecí en silencio que no te interesara que ese lugar fuese demasiado elegante para mis jeans y mi remera. Cada vez más me convenzo de que estábamos unidos por algo más que lo visible, por algo más profundo que lo evidente.

La música llenaba suavemente los espacios, las palabras y el murmullo se enlazaban con los acordes tenues de las melodías; fue inevitable.

- ¿Bailamos?

Otras parejas se divertían en nuestro derredor haciendo caso omiso de nuestra presencia.

No importaba. ¿Acaso nosotros nos dimos cuenta de su existencia? Repentinamente, nuestras miradas se encontraron; la música ya no se

escuchó; desaparecieron las parejas; el mundo ya no giró.

No hubo palabras, no hubo gestos, no hubo insinuaciones, no hubo propuestas... Nuestros labios se reconocieron en un beso sin preguntas, sin respuestas, nuestras almas se reencontraron en el remanso de la búsqueda sin tiempos.

El reloj de la Torre de los Ingleses marcó la 1:05 Hs. Nuestros labios seguían unidos sin que nuestros cuerpos ni nuestras ganas pudieran impedirlo. Un beso eterno, un beso que no fue el primero, un beso que extrañábamos, aún antes de tenerlo.

Huimos de allí sin dejar de besarnos. Cruzamos, caminamos, nos alejamos, sin dejar de besarnos. Creo que mi dolor es porque aún hoy, no dejamos de hacerlo. Aún percibo en mi aliento, tu aliento.

Creeme, es cierto. No recuerdo como eran tus besos, pero aún siento inmortalizada en la memoria la sensación que provocaban.

Hubo muchos besos, pero fue uno solo... largo, profundo, eterno, dulce, hiriente y doloroso, removiendo cada fibra de mi cuerpo, cada nota de mi alma.

Era septiembre, ¿era el principio de una nueva historia o tal vez solo el capítulo siguiente de una que comenzó no supimos cuándo ni dónde, pero que se eternizó en la memoria de nuestros sentidos y nuestras almas, que vagaron por los tiempos y espacios, buscando el momento del reencuentro.?

De allí en más, se sucedieron los encuentros, los abrazos, las lágrimas, las despedidas, el amor y desamor...

Estoy segura. Si hubo un momento, fue a partir de ese beso. Si existió un punto en el que supimos que ninguna decisión que tomáramos, que nada que sucediese de allí en más, que nada de lo que la vida o nuestras actitudes nos depararan iban a lograr que nos separáramos, que dejásemos de ser el uno del otro, que olvidásemos que éramos parte de un todo, fue exactamente ese momento.

Porque después los años transcurrieron, la vida que nos alejó y nos fue modelando a imagen y semejanza de nuestros deseos y de nuestros desencantos, los hijos llegaron, otros amores fraguaron. Los encuentros no existieron, las charlas desaparecieron y nuestras presencias se esfumaron con el correr del tiempo...

Pero en ese destierro de los besos compartidos, las sensaciones se arraigaron, las emociones no se perdieron, quedamos entrelazados más allá de los sucesos, en una fina y etérea trama que nos unía, sin

lastimarnos, sin ahogarnos, sin impedir, que, a nuestro modo, pudiésemos ser felices sin contar y sin saber el uno del otro.

Ambos sabíamos que existíamos, y era suficiente. No nos recordamos por una frase, que no nos perpetuamos por un beso, solo hubo algo más profundo, sin sentido ni razón que nos hizo reconocernos al vernos y que jamás se extinguió

No sé que era, pero sé que fue. Sé que es lo que nos mantuvo vivos, lo que sobrevivió al amor. Lo que hace que, a pesar del tiempo, del olvido, del silencio, aún este con vos.

¿O es mi necesidad de recuperarte la que se inventa un lazo que no existió?

Pero si no tuvimos amigos comunes, ni lugares donde reconocernos, si nos sumergimos en la ausencia total, nos olvidamos de llamarnos y de sabernos. Si no perduramos en nuestros hijos, ni en los besos, ni en las cosas compartidas...

Pero aún asi no fuimos fugaces, sino que permanecimos imperturbables frente al olvido y continuamos en la memoria fiel e incorruptible de las sensaciones y en la huella que en nuestras almas grabaron nuestros sentidos.

Y a pesar de tu muerte aún hoy perduramos, por eso el lazo no se desanuda, el olvido no me abraza,

Capítulo 20

¿Hasta dónde había sido responsable de aquello que no dejaba de reclamarle a él? ¿Por qué le costaba tanto aceptar su partida, su silencio, su adiós sin explicaciones?

¿Sería tal vez, desenredando la madeja de los recuerdos más lejanos, que pudiese encontrar la respuesta que él le había negado? ¿O la memoria de los sentidos le ganaría la partida a la de la razón y sus recuerdos llegarían vestidos de la forma en que ella necesite vestirlos?

"Vos te acordas? Yo no. Yo no recuerdo que confitería era.

Solo recuerdo nuestra mesa, la penumbra y las palabras que decían lo que no sentía. No podía decirte la verdad, no lo entenderías.

¿Cómo decir que te quería, al escuchar que ya no te vería? ¿Cómo gritarte no me dejaras, cuando te despedías?

Habíamos transitado en un corto tiempo, más experiencias que años vividos. Habíamos llorado al unísono, por los amores perdidos. Aprendimos a contar el uno con el otro, sin pensar en qué era realmente lo que nos aunaba.

Ni siquiera intentamos ponerle nombre al sentimiento que nos unía.

Me enoja pensar que solo nos dejamos llevar, que solo nos permitimos sentir sin más, aceptando desde el comienzo, fatalista y estúpidamente, que nos teníamos futuro.

-Siento que te estoy perdiendo. - dijiste casi en un murmullo.

- Sí. Pero es porque vos te alejaste antes. - respondí con la íntima esperanza de ser desmentida.

-No quiero que termine, aún no sé lo que siento... - insinuaste sin mucha convicción.

- Ya no hay tiempo. Lo que aún no sucedió, ya no va a suceder... - aseveré con resignación.

Y nos fuimos. Y me lleve el dolor, la amargura de saber que no hacíamos lo correcto, con la profunda convicción de saber que nos equivocábamos. Pero convencida de que ese era nuestro destino... así era nuestro camino.

Yo sabía que te quería, vos aún no lo descubrías... No sé cuándo lo descubriste, ni siquiera si alguna vez sucedió, pero ya no importa. Yo sé que existió. Tampoco sé que nombre le pusiste a tu sentimiento, ni como hubiese sido si no hubiera sido como fue.

Solo sé que aún en el instante de la despedida, de una u otra forma, sin sentido, sin certezas, sin explicación, ambos sabíamos que jamás nos despediríamos.

Elegimos seguir nuestra ruta por caminos diferentes, decidimos que nuestros pasos no recorrieran la misma senda, pero, aun así, íntima, profunda, irremediablemente, tuvimos la certeza de saber que siempre nuestras almas sabrían de nuestros destinos.

En ese instante pasajero, optamos por distanciar nuestros cuerpos, pero jamás separamos nuestras almas, jamás nos privamos del placer de la presencia. Intangible, sin forma, sin materia, sin espacio, sin tiempo, de allí en más, fuimos solo esencia.

No recuerdo las frases, ni el sonido de las palabras, solo recuerdo mi dolor por saber que allí quedaban huérfanas mis utopías por saber que no podía ni debía decirte de mis sentimientos, que hacerlo solo te presionaría y confundiría más...

No sé. ¿Cómo hubiese sido si lo hubiese hecho? ¿Cómo hubiese sido si te hubiese gritado mi desesperación por perderte? ¿Cómo hubiese sido si te hubiese obligado a darte cuenta que aceptaba tu adiós partiéndome en mil pedazos?

No sé. No lo hice. Y hoy estoy acá. Llorando tu ausencia y tu silencio.

Y ya no hay regreso. Nos desterramos de la tierra de lo posible sin que me atreviese a sacarme la careta, sin que me jugase por la emoción, sin que supieses que, en verdad, no quería aceptar la despedida...

Me duele no haber tenido la oportunidad de contártelo, que tu muerte absurda me haya robado ese instante efímero y eterno en el cual poder decirte que esa despedida fue de mentira, que en realidad jamás me fui."

Capítulo 21

Cerró la ducha y se envolvió rápidamente con la toalla. Tenía frio, por lo que se quedó sentada casi hecha un ovillo sentada sobre el inodoro.

El vapor cubría casi por completo el espejo y adivinaba su cara, más de lo que se en realidad, podía verla. Se levantó de golpe y con la toalla de manos, intentó eliminar casi a manotazos el vapor del espejo y con sus ojos mirando fijo a sus ojos, gritando en silencio le dijo:

"Me alcanzaba con saber que, en algún sitio,

en algún tiempo

en algún silencio

en algún dolor

en algún recuerdo,

vos también sabías que yo estaba

Y ahora que todo se desdibuja,

ni vos, ni yo, ni nada...

solo preguntas sin respuestas,

solo el alma fragmentada,

debes saber, por si acaso lo pensaste,

que de este vacío lacerante,

ya no espero que me salves"

Capítulo 22

Se despidió de sus amigas con un beso y las consabidas promesas de volverse a juntar pronto. Habían llegado caminando hasta esa esquina desde la confitería donde se habían reunido para contarse las novedades y acompañarse en la catarsis sobre los dilemas cotidianos.

Había podido reírse sinceramente mientras cada una contaba sus últimas contrariedades y especulaba sobre las opciones con las que contaba para remediarlas. Si bien por momentos la había asaltado la nostalgia y había sentido la abstinencia de sentirlo rondando por su cabeza, pudo sobreponerse a su propia fragilidad y también participó contando lo que le había costado lavar las cortinas para que luego de volver a colocarlas, el asado del vecino se las llenara de humo y olor a achuras.

"Ya me resigné. No fue fácil aceptarlo, pero lo hice.

Me costó mucho admitir que así debía ser. No hay alternativas...

No voy a contarle a nadie. No voy a decir nada. No voy a compartir lo poco que de vos me ha quedado con nadie.

Voy a guardarte dentro mío para mí sola, para disfrutarte y paladearte sin jueces ni sentencias, sin reproches ni advertencias...

Voy a empalagarme de vos, encerrada en mí misma.

A saturarme de recuerdos sin testigos; a devorarme cada frase que retuve sin oídos indiscretos...

No voy a volver a nombrarte, voy a deletrear cada letra de tu nombre con cada latido de mi corazón, para que así nadie descubra que te llevo a donde estoy...

No voy a contarte más a los 4 vientos, voy a retenerte entre sombras; para que nadie te adivine oculto dentro de mí...

No voy a derramar lágrimas saladas cuando otros puedan ver, sólo estarán en mis mejillas cuando las puedas recoger...

No volveré a hablar de mis desdichas, nadie nunca más me escuchará, solo mi espejo en penumbras, del dolor sabrá...

Nunca más un "lo extraño", nunca más un "dónde estás", solamente cuando sepa que escuchas y responderás...

Ya a ninguno repetiré las preguntas sin respuestas, ni dire de mi desazón por tu partida; aunque duela, aunque sufra, mi voz se silenciará...

Nada ni nadie te devuelve a mi vida; nada ni nadie te reinventará. De nada servirá nombrarte, de nada servirá decirte, de nada servirá contarte, de nada servirá compartirte...

Fuiste mío en silencio, fuiste mío sin testigos, fuiste mío a la distancia, fuiste mío en el olvido...

Nadie supo de tu preexistencia, nadie supo de tu ausencia, nunca nadie siquiera supo que sentía tu presencia...

¿Por qué entonces he de contarles de tu ida sin adiós; porque entonces decirles lo profundo del dolor?

Nunca antes nadie supo, lo extraño y trastornado de vos y yo... ¿Por qué entonces tendria que explicarles lo que nos unió?

Nunca antes nadie supo cómo era tu mirada, cuál era tu olor, la sensación que provocaba acariciarte ni el sonido de tu voz. ¿Cómo entonces podría comprender todo lo que pueda decirle yo?

Ya me resigné. No fue fácil aceptarlo, pero lo hice

No volveré a compartir con nadie lo que vivi. Desde hoy y hasta siempre, serás solo para mí."

Capítulo 23

El subte se demoraba en llegar y cada vez había más gente esperándolo en el andén. No se sentía cómoda entre el gentío, le daba temor que al momento de subir la empujaran y no pudiera entrar al vagón. O peor, que la empujaran hacia dentro de tal forma que quedase atrapada entre cuerpos desconocidos sin poder moverse.

Eligió desentenderse de esos temores y mirar fijamente el ventilador que intentaba hacer un poco menos viciado el aire del túnel.

"¿Sabes? El silencio me pesa. Me envuelve las risas, las lágrimas, las preguntas...

Los recuerdos se me hacen trizas al estrellarse contra la memoria y el dolor se hace carne, al intentar recrear tu rostro.

Nada tiene forma... ¿Dónde encuentro tu presencia, donde guardo mi historia?

No te perdono tu ausencia, ni lo sigiloso de tu partida, tengo rabia contenida, por las preguntas sin respuesta. Necesito doblar la esquina sabiendo que tal vez te encuentre, no soporto la certeza, de saber que nunca será.

Tal vez nunca te hubiese vuelto a ver, me bastaba con saber que estabas.

Y no es que añoro tu risa tímida, sino más bien tu presencia ausente. Solo me bastaba con saber que respirabas, me conformaba con saber que sonreías, no tolero que no hayas buscado mi mano, cuando ella te esperaba.

Yo sé que los días seguirán su curso y que las noches envolverán los sueños, pero este grito mudo de mi pecho exigiéndote el regreso siempre estará esperando tu respuesta.

Si, ya se. Es cierto que nunca nos veíamos y que rara vez nos hablábamos, pero ambos sabíamos que estábamos, que ambos nos esperábamos

Pero hacete cargo. Quebraste las reglas... No jugaste limpio...

Y ahora todo pierde sentido. Me dejaste las palabras, te llevaste los sonidos...

No tiene significado el futuro, sabiendo que no estarás que no estarás

No te buscaba por las calles, pero sabía que podía encontrarte

No trataba de hablarte, pero sabía que podía llamarte

Nunca fui a buscarte, pero sabía que podía cruzarte

Nunca te pedí auxilio, pero sabía que podía gritarte

No tolero la angustia de saber que ya nunca podré escucharte

Me duele la ausencia que se apodero de tu presencia."

Capítulo 24

Giró sobre sí misma para cerrar la puerta. Colgó el saco en el perchero de la entrada y se sentó en el silloncito del hall de recepción. No quería llegar, no quería entrar. Apoyó la cartera en la mesita donde se amontonaban las facturas de servicios y los manojos de llaves, cerró los ojos y le conto.

"Fui a buscarte.

Paso mucho tiempo ya desde nuestro último encuentro...

Creí que ya era hora de volver a vernos, que ya había pasado el tiempo suficiente y necesario como para poder volver a enfrentar tu mirada y tener esa conversación que nos había quedado pendiente.

Traté de no hacerme falsas ilusiones, y como al descuido, me vestí sin prestarle mucha atención a mi arreglo personal. Después de todo, sabía que no tenía sentido que me esmerase tratando de parecerme a mi mejor imagen. De cualquier manera, en lo más íntimo, sabía que iba a ser igual.

Tomé el colectivo que me conduciría a tu encuentro, obligándome a no pensar en qué diría ni en qué haría al llegar a destino. Estaba firmemente dispuesta a dejar que las cosas sucediesen sin previo aviso ni estrategias planificadas.

El día estaba resplandeciente. El sol de la media mañana inundaba cada resquicio de las veredas, y la brisa suave del verano que aún no comenzaba, entonaba canciones que no conozco al colarse por entre las hojas de los árboles florecidos.

Al notar que estaba cerca, una sensación mezcla de nervios y angustia comenzó a apoderarse de mi pecho. Bajé del colectivo, y antes de cruzar encendí un cigarrillo.

Caminé hacia el portón blanco e imponente, y lo atravesé sin vacilaciones. Ya estaba allí, no podía volverme atrás. El sendero angosto e irregular me iba llevando poco a poco hacia el lugar previsto. El sol que cada vez se volvía más fogoso, formaba haces luminosos por entre las hojas de los árboles que se ofrecían prestos a regalar algo de sombra y descanso para los que por allí caminaban. El silencio del mediodía, sólo se quebraba por el canto de los pájaros al comunicarse, y el murmullo de la gente, era casi imperceptible para mí.

Aminoré mis pasos tratando de disimular mi ansiedad y por un momento, me detuve a escuchar el trino de los gorriones y jilgueros que ponían la

nota sonora en el silencio del lugar.

Hasta que te encontré. Y en ese momento ya no pude reprimir mi emoción. Una lágrima no contenida, se escapó de mi alma y rodó por mi mejilla al enfrentar tu mirada. Fue la primera de muchas otras que no puede retener.

Durante largo rato, no supe que decir. Me limité a mirarte como si de esa manera, realmente pudiese recuperarte después de tanta ausencia. Al principio, fue como si mi mente se hubiese vuelto una hoja blanca, sin trazos ni marcas en las cuales poder recrear mis recuerdos. Poco a poco, fui enhebrando las palabras y comencé a hacerte las preguntas que nunca tuvieron respuesta. Poco a poco, los momentos que compartimos se fueron presentando ante mí como en una pantalla de cine antigua y ajada, con las imágenes descoloridas y deformadas por el tiempo impiadoso.

En ningún momento pude dejar de mirarte a los ojos, esos ojos que siempre dijeron más que las palabras, esos ojos que siempre trataron de ocultar lo que tu alma quería gritar.

Fue un largo monólogo, donde las sonrisas y los reproches se empujaban unos a otros para mostrarse, mientras mis manos temblorosas sostenían un cigarrillo tras otro, en su afán de ocultar mis nervios.

Luego, inevitablemente, llegó el momento de la despedida. Sin promesas de reencuentros y sin ilusiones futuras. Sólo tu mirada muda, y tu silencio frente a mis preguntas.

Comencé a alejarme lentamente. Cada paso que daba, nos separaba irremediablemente, ya no había retorno, no se podía retroceder.

Había sido inútil, no había servido.

Seguía sin encontrarme ni encontrarte, seguía llena de ausencia de vos, seguía cargando mi equipaje de preguntas sin haber hallado las respuestas que alivianaran mi peso. Sólo había encontrado nuevamente tu mirada silenciosa y triste, esperando mi consuelo.

Los pájaros, ajenos al devenir de mis pensamientos, continuaban gorjeando al son del sol y de la brisa veraniega de diciembre; los árboles, impertérritos y bondadosos, seguían ofreciendo el frescor de su sombra a quienes, como yo, no tenían consuelo.

Caminé muy, pero muy lentamente. Era como si en realidad no quisiese alejarme, cuando en realidad, necesitaba huir de aquel lugar.

O de mí misma. O de vos. No lo sé.

Sólo sé que hoy, después de mucho tiempo, volvimos a encontrarnos sin testigos, sin intermediarios. Volvimos a estar solos, a pesar de quienes deambulaban a nuestro alrededor. Solos nosotros, y en silencio.

Solos nosotros, y tu lápida de por medio."

Capítulo 25

El tiempo siguió pasando, y ella siguió sin darse cuenta. Hablarle y pensarlo se había convertido en una rutina cotidiana que ya ni siquiera le sorprendía reconocerse realizándola.

Por momentos se cuestionaba con dureza. ¿Por qué no lo dejaba partir? ¿Por qué seguía aferrándose a esos recuerdos raídos y descoloridos que quizá, ni siquiera eran genuinos?

Pero aún así, ella sentía que era esa memoria de lo sentido y no de lo vivido, la que la mantenía viva

"Lo sigo intentando, no puedo presentar las armas y rendirme sin al menos pelearle al sufrimiento y ganarle, aunque sea una mísera batalla. Pero no puedo, me gana.

Me detengo, me inmovilizo en el tiempo, me tomo un respiro frente a la vida que sigue su curso.

Me regalo un instante de sosiego y vuelvo a caminar sobre mis propios pasos.

Me dibujo un rostro que ya no tengo y pierdo las arrugas que cada vivencia me fue entregando.

Trato de recrear la misma historia, los mismos personajes, los mismos lugares, pero con las frases elegidas, con las actitudes oportunas, los mensajes correctos.

No sirve. No convence, no tiene sentido.

Más allá de mis fantasías, el presente no cambia, todo permanece inalterable frente a mi capricho infantil de torcer la ruta de aquello que ya pasó.

Entonces...,¿Cómo hubiese sido si no hubiese decidido guardarme las respuestas de las preguntas que no me anime a hacerte?

¿Cuál hubiese sido la historia si me hubiese animado a decirme las verdades, a contarme los sueños, a compartir mis miedos?

Yo lo sé, hubiese sido diferente, quizá hubiese sido lindo...

Seguramente, hoy mi memoria atesoraría otros momentos, el recuerdo tendría otros sabores, mis manos guardarían la sensación de caricias

diferentes, mi angustia tendría otros motivos...

Tal vez, si en lugar de perdernos en el sinsentido de las palabras huecas, de los silencios atiborrados de sonidos sin puertas por donde escapar, nos hubiésemos regalado la posibilidad de construir nuevas sendas por sobre los bosquejos que el corto tiempo compartido dejó.

Seguramente, el amor que no llegó a madurar, se hubiese transformado en un espacio pleno de ternura y afecto donde depositar todas las broncas y alegrías...

No caben dudas, si las palabras no se hubiesen escondido tras el temor de no ser escuchadas o comprendidas, si los abrazos no se hubiesen quedado vacíos por no atreverse a extender los brazos para sujetarse, si nos hubiésemos animado a contar los secretos que guardábamos bajo el candado de la inseguridad, podríamos haber convertido el adiós en reencuentro, la ausencia en amistad...

Después de todo, ¿Qué pecado cometimos sino el de no ser sinceros, el de no decir de frente y sin caretas que necesitábamos seguir compartiendo cafés y afectos, sin por ello perdernos en el laberinto de nuestros propios sentimientos?

Tal vez, no supimos mirarnos con otras miradas, tal vez supusimos que el camino tenía una sola dirección, y perdimos de vista los atajos que podríamos habernos llevado a vivir otras emociones y a disfrutar de otra manera el estar juntos.

Me detengo, me inmovilizo en el tiempo, me tomo un respiro frente a la vida que sigue su curso.

Me regalo un instante de sosiego y vuelvo a caminar sobre mis propios pasos.

Y con tristeza, descubro que ya no hay regreso, que la muerte que trajo la noticia de que también él la recordaba y que podría haber sido distinto, también arrasó a su paso la posibilidad de hacer realidad esa ilusión.

Me detengo, me inmovilizo en el tiempo, me tomo un respiro frente a la vida que sigue su curso.

Y vuelvo a tomar coraje para enfrentar los días que seguirán llegando, con la esperanza de seguir forjando futuro y con la melancolía de saber que, dentro del alma, me quedaron sentimientos huérfanos, sentimientos que fueron compartidos, aun cuando nunca lo haya sabido."

Capítulo 26

La película del prime time televisivo estaba llegando a su final. Mientras la miraba sin mucha convicción, comenzó a recoger los platos de la cena y los llevó a la cocina.

Abrió la canilla y esperó a que el agua saliese caliente y fue cargando la esponja con el detergente. Miro por la ventana que quedaba frente a su vista y daba al patio, pero no pudo ver nada, solo un tenue reflejo que la luz de la cocina le regalaba a la medianera.

Mientras mecánicamente iba tomando, enjabonando, enjuagando y dejando cada plato, se ofrendó nuevamente un rato para hablar con él.

"No te hagas el importante. No te hablo a vos. Me estoy regalando un pequeño rato para hablarle al dolor. Al dolor de la ausencia. Al dolor del silencio. Al dolor de las no respuestas. Al dolor de los futuros desvanecidos. Le hablo a la muerte.

Primero un dolor profundo, visceral.

Un dolor que ciega, que no permite ver ni saber más allá de ese mismo dolor.

La sensación indescriptible que nos agobia y desmorona, que torna presencia aquellos recuerdos que ni siquiera sabíamos que aún conservábamos. La certeza aún no descubierta de saber que ya nunca más será como era.

Primero un dolor intenso y punzante jugando a los dardos con nuestras almas blanco fácil de la angustia.

La emoción descarnada y despiadada que quiebra todas nuestras defensas frente el embate de lo irremediable, dejando en carne viva todas y cada una de las fibras de nuestra sensibilidad.

Primero un río de lágrimas incontenibles y arrolladoras, que arrastran a su paso los trozos de alma que creemos que aún nos quedan, un torrente de lágrimas que desdibujan las imágenes que atesora nuestra memoria sin respeto ni piedad frente a nuestra imposibilidad de defendernos...

Primero desesperación, angustia, odio...

Luego comienzan a pasar los días, las horas marcan nuevos rumbos, los minutos nos van envolviendo con nuevos desafíos, la vida nos obliga a

hacerle frente...

Y el dolor primero, se convierte en una sensación de vacío en el cuerpo y en el alma, que por momentos no sabemos a qué se debe, por qué la sentimos. Y al detenernos a mirar hacia dentro, volvemos al origen, a la angustia, a rebelarnos contra la ausencia que no es tal.

Pero el tiempo no se detiene, nos sigue empujando a rodar por los días y las noches, a seguir mirando hacia adelante, aunque nuestros pasos quieran retroceder.

El tiempo va trastocando el dolor primero en una mezcla de resignación y aceptación, va convirtiendo los recuerdos en fuente de vida donde bebemos para seguir adelante y no perder la partida frente a la desesperación.

Aprendemos a convivir con la ausencia, robándole al descuido momentos en los cuales recrear lo que nos hizo felices, volvemos casi, casi, a sentir que la muerte no significó el final de nada de lo que gozamos, de lo que amamos...

Primero, un dolor profundo y visceral.

Después, el aprender a sentir al dolor como parte de nosotros mismos.

De ahí en más, vivir con la sensación arraigada en nuestra piel, de que la ausencia solo será ausencia, si nos privamos de sentir que la presencia es posible.

Porque si descubrimos que los aromas persisten, que la piel tiene recuerdo de la piel, que las manos guardan memoria de las caricias, que los labios conservan los besos, lograremos comprender que nadie está lejos mientras el recuerdo lo una a nuestro pensamiento.

Porque nadie habrá muerto, mientras alguien recuerde que su paso dejó huella.

Porque nadie será completamente ausente, mientras las almas sientan su presencia.

Solo que se necesita tiempo.

Tiempo para detenernos. Tiempo para que la tormenta del dolor amaine. Tiempo para que el alma herida, sane, aunque la cicatriz no desaparezca.

Solo se necesita tiempo.

Tiempo para aprender a mirar con una nueva mirada el mundo. Tiempo para regalarnos la oportunidad de volver a ser felices. Tiempo...

Capítulo 27

El colectivo arrancaba y frenaba pareciendo no avanzar nunca. La avenida estaba repleta, tal como podía suponerse en ese horario un día de semana. Se felicitó ella misma por haber dejado pasar varios colectivos antes de subir a uno con asientos libres. Apoyo la cabeza en el vidrio de la ventanilla, cerró los ojos y se entregó plenamente a su actividad favorita en los últimos tiempos, hablar con él.

"Te propongo un juego, ayudame a poner por un rato al menos en el bolsillo las lágrimas y las ausencias y juga conmigo.

Inventemos esa charla que nunca tuvimos. Juguemos a decir eso que nunca dijimos ni vamos a decir. Las reglas son simples, lo único que no vale es decir mentiras. Dale, ¿sí? Yo empiezo…

- Hola Dulce

- ¿Por qué viniste?

- Porque quería verte.

- Yo no quiero verte.

- No me interesa. Yo sí quiero

- Andate.

- No me voy.

- Por favor, andate.

- Vamos a hacer una cosa.

- No quiero. Te pedí que te vayas.

- Voy a salir, entro de nuevo y jugamos a decir la verdad.

- No quiero y no voy a jugar a a nada.

- Voy a salir y hacemos lo que dije.

- Silencio.

- Hola.

- Silencio.

- ¿Cómo estás?

- Silencio.

- Necesitaba verte.

- Silencio.

- Me puedo sentar acá? ¿Cuantos años sin vernos? 12?

- Silencio.

- No hay problema, si no hablas vos, hablo yo. No va a ser la primera vez y si no vas a hablarme, vas a escucharme. ¿Estas seguro de que queres seguir sin hablar?

- Silencio.

- ¿Bueno, es tu elección… Sabes? Nunca estuve segura de lo que realmente hubo entre nosotros. Y vos, ¿sabes que hubo entre nosotros?

- Silencio.

- Ok. Sigo hablando yo. No me preocupa. ¿Sabías que cuando te rechace la última vez que nos vimos, fue para que creyeras que me perdías y que no te dieras cuenta de que me muriendo por estar con vos? ¿Y que me dieron ganas de matarte y de matarme cuando no hiciste nada para retenerme?

- Silencio.

- Muchas veces pienso que hubiese pasado con nosotros si esa última vez en lugar de hacerme la superada, hubiese aceptado tu propuesta...

- ¿Qué propuesta?

- No te acordas?

- No.

- No importa. Sabés que tengo muy buena memoria, y que para mal o para bien, me acuerdo de casi todo. Así que me acuerdo por los dos

- ¿Qué te dije?

- Me pediste que siguiera esperando que te decidas, a que supieras que sentías. Que no sabías que hacer, que tenías miedo de la nueva relación que yo estaba iniciando, que te diera más tiempo, que habías vuelto a salir con ella, y que estabas desorientado.

- Ah.

- ¿Te acordás ahora?

- No.

- ¿Qué pasó en tu vida después?

- Ya lo sabés.

- No. No sé nada. Las pocas veces que hablamos después de ese día, no nos dijimos nada, nunca nos contamos como estábamos ni que nos pasaba. Solo era ponernos al tanto de las novedades: me recibí, me estoy por casar, tuve una hija, estoy fabricando muebles en la fábrica de Ciudadela, tengo un lavadero, me mude… nada que nos desnudase ante el otro, que nos comprometiera.

- Silencio.

- ¿O acaso alguna vez nos preguntamos si éramos felices, si nos extrañábamos, si podíamos vernos, si nos recordábamos, si pensábamos el uno en el otro? Jamás nos atrevimos ni siquiera a proponer encontrarnos para tomar un café.

- No.

- Y bueno, entonces, ¿Qué pasó después?

- Nada. No pasó nada.

- ¡Ah, Claro! No pasó nada. ¿No tuviste un hijo, no tuve hijos, no lloraste nunca, no sufrí, no tuviste ni una alegría, nunca estuve contenta? Así que no pasó nada. Solo pasaron 12 años, pero no pasó nada...

- ¿Qué querés que te cuente?

- Todo.

- Todo qué?

- Todo. Absolutamente todo. Quiero saber todo, que hiciste y que no

hiciste, como fue tu vida en este tiempo.

- Ya lo dijiste vos. Me casé, me separé, tuve un hijo y ahora estoy acá.

- La verdad, que gastar doce años para solo 4 cosas nada más...

- Silencio.

- ¿Por qué no intentamos contándonos como antes?

- No quiero.

- Yo si quiero. ¿Te acordás cuando nos pasábamos las horas hablando de lo que sentías, de los miedos que tenías, de cómo sufrías, de cómo la extrañabas, de cómo te había hecho sufrir, de que no podías olvidarla, de que querías volver a estar con ella, de que ella de aquí, de que ella de allá? ¿Y yo como una reverenda estúpida te consolaba, te entendía, te daba consejos, te soportaba mientras me decías que no era sensual y que no tenía personalidad? Bueno, acá estoy otra vez, dispuesta a jugar otra vez a la boluda. Y esperar, igual que antes, que alguna vez me toque el premio y me elijas.

- Ahora es distinto.

- ¿Por qué es distinto?

- Por que sí.

- ¿Qué es lo distinto?

- Ya pasó. Ya no me importa.

- ¿Y qué importa ahora?

- Nada.

- Nada, ¡Qué bien! Al señorito no le importa nada. ¡Qué bárbaro!

- No quiero hablar.

- ¿Y desde cuándo a mí me interesa que quieras o no hablar? Sabés perfectamente que cuando yo quiero que hables, te doy vuelta hasta que lo hacés, así que ahorrame el trabajo y empezá.

- No cambiás.

- No te creas. Ya no soy la misma y vos sos bastante responsable de mi

cambio. Pero para vos, elijo seguir siendo la de siempre

- ¿Por qué?

- Porque cuando estábamos juntos vos sabías que yo también estaba mal y te importó un cuerno. Me usaste para tomar fuerzas. Fui paño de lágrimas, psicóloga, dama de compañía y "mientras tanto". Y cuando sentiste que podias, volaste. Y yo entendí que tenia que aprender a ser un poco más egoísta.

- Silencio.

- Pero yo sabía que iba a ser así y elegí dejar que me usaras. Preferí consolar tu pena, antes que obligarte a consolar la mía. Creo que sabía que esa era la única chance que tenía para que quizá eligieses quedarte conmigo. Y no me preguntes por qué, pero a pesar de todo, yo necesitaba que me elijas. Y realmente, no sé si alguna vez dejé de necesitarlo

- Perdoname.

- Seguis siendo un tonto. No vine a que me pidas perdón. Y no tengo nada que perdonarte.

- No me acuerdo de las cosas que te dije.

- Mejor que no te acuerdes! ¿Y de qué te acordás?

- De la bronca que le tenías a Marcelo.

- jajajajjajaja!! El tiempo me dio la razón.

- ¿A qué viniste?

- A decirte en la cara que no vuelvas a tratarme como la última vez que te llame por teléfono. Demasiados años sin saber nada de vos y teniéndote presente todo el tiempo, como para que me trates tan mal.

- ¿Sabés lo que me pasa?

- Decímelo vos.

- No.

- ¿Seguís sin saber hablar? ¿Tengo que seguir hablando por vos?

- Te extrañe.

- Cuando?

- Siempre.

- Es mentira.

- No.

- No, no me extrañaste. Tenés miedo. Te separaste, te sentís solo, estas asustado por lo que viene. Y yo salto del cajón de los recuerdos como el paño de lágrimas y por eso crees que me extrañas.

- De verdad lo digo. Siempre seguí pensando en vos.

- ¿Siempre desde cuándo?

- No sé. Siempre.

- Por favor, Dulce. Si hay algo que decirnos, digámoslo ya y que después cada uno se haga cargo de las consecuencias. Pero no sigamos jungando al silencio.

- Yo estoy jugado. Vos tenés tu vida.

- De mí, me preocupo yo. Queres que empiece yo? Bueno, empiezo yo. En este momento tengo un miedo atroz, tengo miedo a que se me mueva el piso más de lo que se me está moviendo; soy feliz, amo a mi marido y a mis hijos, pero tengo miedo. Miedo de seguir viéndote, miedo de no poder seguir viéndote, miedo a lo que pase de hoy en más…

- Silencio.

- Y vos? ¿Que sentís?

- Nada, ya no sirve.

- Sí, sirve.

- Silencio.

- ¿Qué pensás? ¿Otra vez soy yo la que se juega abriéndose a vos y vos te encerrás dejándome afuera?

- Silencio.

- Necesito abrazarte. ¿Me dejas? ¡Te extrañe tanto! ¡Necesitaba tanto este abrazo! Sos un tonto, ¿que haces llorando? ¿O no era que la que llora siempre soy yo, no vos.? Casi casi que estoy por creer que me realmente me queres.

-Tonta

-Por qué no me dijiste?

- No quería que vinieras.

- Vos pensaste en lo que pasaría conmigo si no venía? ¿Te das cuenta de lo que hubiese sido para mí sí me enteraba cuando ya no pudiese venir a verte?

- No quiero que me veas así.

- Te veo como sos, como lo que fuiste y serás siempre para mí. No sé si entendes lo que estoy queriendo decirte, lo que siento por vos va más allá de lo que vea o me digas. ¿Todavía no te diste cuenta?

- Silencio.

- Vos entendes que te quiero, ¿no?

- Se te hace tarde.

- Sí, es cierto.

- No vuelvas.

- Para volver, es necesario haberse ido.

- Silencio.

- Por si no quedo claro: te quiero. No sé qué me pasó ni que me pasa con vos. No sé si fui importante para vos, pero sé que fuiste y sos importante para mí. Si supieras las veces que fantasee con encontrarte de casualidad, o no, pero encontrarte. Me acuerdo de cosas tontas, de la ropa que te ponías, de los lugares a los que me llevabas, de que jamás te acordabas de la carrera que yo estudiaba, de nuestro primer encuentro, de cuando fui a despedirte a aeroparque, de cuando te acompañé al examen de costos y de cuando me llevaste a escondidas a tu casa para presentarme a una Vilma. Alguna vez te voy a preguntar por qué quisiste que me conozca (y te voy a decir porque creo que querías que me conociera).

- ¿Por qué crees que quería que la conocieras?

-No, primero me vas a contar por que querías que la conozca.

-Silencio

- Me voy. ¿Leíste el Principito? Te dije que era fundamental. Sos mi rosa. Vuelvo mañana."

Capítulo 28

En proceso...

Estoy pensando si ese será el último capitulo o si habrá alguno mas.

Que te gustaría a ti?

Me encantaría leer tus comentarios sobre este libro.

Gracias!